

MOURE ROMANILLO, A. (Ed.): *Elefantes, ciervos y ovicaprinos; economía y aprovechamiento del medio en la Prehistoria de España y Portugal*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander, 1992. 326 pp., 16 artículos.

Esta obra, de reciente edición (noviembre de 1992) viene a ofrecer una síntesis, un estado de la cuestión, sobre temas de paleoeconomía en la península ibérica.

Hay que empezar diciendo que se trata de la publicación de las actas de una reunión mantenida en Laredo en septiembre de 1991, dentro del marco de los cursos de verano de la Universidad de Cantabria, y a la cual acudieron diversos investigadores que disertaron sobre economía prehistórica en la península ibérica. Las ponencias expuestas entonces y ahora publicadas fueron hechas por invitación, lo cual restringe el marco de los participantes a los que la dirección de la reunión consideró oportunos, opinión que compartimos en la mayoría de los casos. Sin embargo hemos de resaltar este hecho, ya que podría haber habido otras participaciones en el caso de haberse tratado de una reunión abierta, en el sentido más clásico del concepto.

El nivel general de la obra es elevado y son pocos los altibajos que pueden advertirse a lo largo del texto, tan originalmente presentado como el título de la obra. Los dos primeros artículos podemos catalogarlos de introductorios, una reflexión general de A. Moure sobre la problemática de la reunión y una aproximación teórica de G.A. Clark a las migraciones como una no-explicación durante el Paleolítico; la afición de los colegas anglo-sajones a estos temas teóricos es proverbial y debemos tomarlo como un positivo estímulo para las visiones demasiado cartesianas o pragmáticas que tanto abundan en la Prehistoria de formación francesa, menos dada a estos enfoques.

No vamos a descender, sin embargo, a pormenorizar nuestra opinión acerca de cada uno de los trabajos que aparecen en la obra. A nivel global cabe decir que en los artículos dedicados a fases preneolíticas destacan dos enfoques prioritarios; por un lado tenemos el que valora como factor económico primordial los recursos faunísticos derivados de la caza, situada ésta siempre dentro de un marco paleoambiental general, y por otro el que considera la geología y la geografía como elementos muy importantes, sino determinantes, del poblamiento peninsular. Tan sólo uno de los trabajos de esta época escapa inopinadamente a estos enfoques, el que R. Mora centra en el aprovechamiento de los recursos líticos y a los procesos de talla del Paleolítico catalán; pese al indudable interés del tema, desentona con el carácter general del volumen, que sigue una línea general coherente.

Los momentos postpaleolíticos permiten consideraciones menos específicas, centradas mayo-

ritariamente hasta entonces en la arqueozoología. En efecto, en la segunda mitad de la obra se valoran aspectos más variados como los paleovegetales, sobre todo los agrícolas, los geográficos y los derivados de intercambios comerciales, de rutas de transporte y de asentamientos protourbanos. Tanto geográfica como cronológicamente se cubre toda la península desde el Neolítico hasta el Hierro; incluso un último trabajo de T. Chapa introduce algunos elementos paleoeconómicos de época ibérica, pero centrados exclusivamente en la Alta Andalucía, lo que deja esta problemática protohistórica, de gran interés, muy aislada y falta del tratamiento global que han merecido otras fases; en este volumen creemos que debiera haberse optado o por no entrar en absoluto en la temática ibérica o por abordarla al mismo nivel que el resto de épocas de la Prehistoria peninsular.

Salvadas estas precisiones, no cabe duda que estos "Elefantes, ciervos y ovicaprinos" aportarán una visión estimulante a un terreno, el de la paleoeconomía y el aprovechamiento del medio, que ha ido entrando con fuerza en los últimos años en la bibliografía española, pero de la mano de autores extranjeros como G.A. Clark o I. Davidson, por citar dos de los muchos ejemplos que podríamos aportar; el rejuvenecimiento de la Prehistoria del país, reflejada en ésta y en muchas otras obras, ha favorecido el hecho de que estos enfoques tomen carta de naturaleza entre nosotros y que se hagan normales en trabajos de síntesis de nuestra Prehistoria.

Josep M. Fullola i Pericot

SANMARTÍ, Joan & SANTACANA, Joan: *El poblament ibèric d'Alorda Park, Calafell, Baix Penedès. Campanyes 1983-1988*. Excavacions Arqueològiques a Catalunya, 11. Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1992. 305 pp.

El conocimiento de la cultura ibérica en la costa meridional catalana se enriquece con una monografía excelente, que no dudamos será fuente de repetida consulta. Viene acreditada por la sólida y siempre sugerente labor de los autores, que en trabajos precedentes ya han ido desvelando algunas aportaciones relevantes de este poblado: *Análisis funcional de los recintos domésticos* (...) (Teruel 1986), *Un recinto cultural* (...) (Fonaments 1987), *El poblament i el seu entorn* (...) (Tribuna d'Arqueologia 1986/87), *El sistema defensiu* (...) (Manresa 1991), entre otras. La labor se culmina, momentáneamente, con un libro sobre los seis primeros años de excavaciones (1983-1988), que aspira a envejecer con rapidez —evocando unas palabras del profesor Miquel Tarradell—, aunque no se refiera, lógicamente, a los cuatro años que parece haber permanecido la obra en la imprenta, hibernación lamentable pero frecuente

en libros cuya edición depende de instituciones públicas. Con trabajos así, dotados de planteamientos coherentes, sentimos el alivio de ver como no nos alejamos tanto de las experiencias que se vienen practicando en los países vecinos tradicionalmente más desarrollados, y como de una forma definitiva, las excavaciones dejan de justificarse por el azar o por intereses personales de los responsables de campo, para encaminarse a explicar una porción de la historia de un territorio.

Encomiable es, por ejemplo, la coherencia de tener excavada la totalidad de la última fase del yacimiento y cuidar también de integrarla patrimonialmente en su entorno, en un proceso de restauración en curso, con un proyecto de reconstrucción experimental que sin duda repercutirá en las percepciones desprendidas de la propia excavación. Podemos adelantarse que se contempla un ensayo de reponer las partes superiores de algunas construcciones para su comprensión didáctica por parte del público en general, y que se prevee finalizar en 1995.

Los restos del poblado de Calafell, distan 300 metros de la línea de costa actual, en un medio muy urbanizado. Antiguamente se elevaban sobre un paisaje de lagunas litorales, parecido a la presente costa francesa del Rosellón. La base es constituida por una plataforma no muy grande, de unos 3000 m², de ellos y con ciertas reservas, parece ser que se edificaron unos 1800 m², de estos se llevan ya excavados 700 m², es decir un 40% que se incluyen en la presente obra.

Las estructuras se desglosan en dos capítulos: el relativo al crecimiento, con unos orígenes situables sobre la segunda mitad del s. VII a.C, fase constructivamente poco conocida al igual que la centuria siguiente, y el capítulo dedicado al momento de plenitud urbanística, cuando se practicó un trazado preconcebido a finales del s. V o principios del IV a.C. La planta de la zona excavada muestra diversas evoluciones posteriores y parece crecer en los siglos IV y III a.C, a las que siguió un último período de considerable reducción en el siglo II a.C. Durante las fases plena y final los recintos están regularizados, constan de varios núcleos con diversas estancias, separados por estrechas calles de 1,5 metros de ancho. Los espacios interiores aparecen con elementos propios de hábitat y en un caso (el recinto A) podría considerarse la posibilidad de un edificio cultural, a juzgar por la disposición del mismo y por las deposiciones intencionales que contenía. En general se desprende del tipo de casa edificada en la aldea de Alorda, una construcción poco adecuada para la agricultura campesina, por lo que no es extraño que se plantee la posibilidad de actividades económicas secundarias o terciarias. Las diferencias de tamaño y forma de las diferentes construcciones dan pie a insinuar la posibilidad de grupos gentilicios diferenciados dentro del mismo, en una sociedad con complejidades crecientes, idea que como mínimo será muy tenida en cuenta a partir de ahora.

Quizás se hecha a faltar, en nuestra opinión, una breve guía de la metodología utilizada, que explique con más claridad al lector porqué un muro se denomina 2 y otro unas líneas más adelante 1099. La difícilmente evitable prolijidad en la descripción de muros, fases y fósiles directores de toda memoria, tal vez se podía haber aliviado con la incorporación de un *matrix*, aunque las impecables plantas y estratigrafías publicadas siempre llevan al lector ávido en profundizar en detalles a no perderse. Seguramente la estructura en que se presenta la obra, algo tradicional al separar los aspectos constructivos de los restos de la cultura material, será agradecida por el buscador de éste o aquél tipo cerámico, pero priva de recrear una imagen de conjunto por épocas, y convierte en algo fatigoso el trabajo de ir a mirar entre las 139 pulcras láminas de objetos muebles, las piezas argumentadas en la datación que se mencionan al hablar de las estructuras.

El estudio de materiales, realizado con gran atención, no discrimina unas producciones por encima de otras, y ello redonda una vez más en provecho de la obra. En el grupo importado se consideran las cerámicas áticas de figuras rojas y de barniz negro, para proseguir con los testimonios del taller de las pequeñas estampillas y con el importante conjunto del taller de Rosas, el único ejemplar atribuible a producciones púnicas de barniz negro y la nutrida representación de campaniana A. Grupo aparte son los fragmentos de cerámica pseudojonía del s. IV a.C. Respecto a las ánforas, existen algunas fenicias de la segunda mitad del s. VII a.C, en clara conexión con las cerámicas a mano en la tradición de los campos de urnas; las ánforas masaliotas están representadas en leve aunque constante proporción en la segunda mitad del s. IV y en el s. III; respetable es el porcentaje de ánforas ebusitanas de fines del s. V a fines del s. III a.C, a las que se ha de añadir en la última centuria, las de procedencia púnica centromediterránea; unas y otras decaen bruscamente en el s. II a.C al tiempo que se invierten los porcentajes de ánfora itálica, que de testimonial pasa a ser masiva. Las cerámicas comunes importadas coinciden, según su procedencia y cronología, con el comportamiento de las ánforas. La cerámica autóctona es prologada por el tipo ibérico antiguo, lamentablemente aparecida en lugares de fuerte remoción actual; las ánforas de boca plana, están presentes en muchos estratos, desde la segunda mitad del s. V al s. II a.C. De la creciente complejidad de un atento estudio de la cerámica ibérica dan fe los diecinueve tipos que identifican los autores, con valiosas indicaciones cronológicas en cada uno de ellos. La presencia de cerámicas ibéricas pintadas en ambientes de los siglos IV-III a.C no ofrece dudas, al contrario de su ausencia que parece ser una constante al norte del macizo del Garraf. Seis formas de cerámica gris —entre ellas el típico bicónico— son registradas, al igual que otras tantas de cerámica a mano.

La única moneda antigua localizada corresponde, significativamente, a *Kesse* y no al entorno laye-

tano. Las piezas líticas no escapan a la observación, y la profusión de molinos rotarios hallados permite proponer una evolución tipológica en base a una progresiva perfección técnica, de fines del s. V a inicios del s. II a.C. Son pocos los metales hallados, quizás por la naturaleza del terreno, pero destacan una fíbula tipo La Tène y un anzuelo de gran tamaño, que confirmaría la probable actividad pesquera. Hay indicios de trabajo secundario de hierro, sin producirse la fundición directa en la zona conocida de la aldea.

La extensa excavación del poblado de Calafell permite comenzar a valorar con propiedad el comercio protohistórico en la zona. En particular para los s. IV-III a.C arroja abundantes datos, sin olvidar los que, de manera testimonial, se tienen de los s. VII-V a.C y II a.C. Los resultados son muy afines a los ya obtenidos en el cercano núcleo rural de La Argilera. El estudio anfórico apunta para los dos siglos centrales de vida de Alorda un claro predominio del material ebusitano, en especial de ánforas, relacionable con la colonización agrícola que tiene lugar en esa isla y que han señalado autores como M. Tarradell, J. Ramón o C. Gómez Bellard. En la cuarta centuria, el resto del comercio detectable lo forman vasos áticos; los autores proponen que Ibiza sea su intermediaria principal —nunca mencionan que sea exclusiva—, rompiendo un tanto con la tradicional visión ampuritana. La conexión con el mundo ebusitano explicaría la presencia en el s. III a.C de materiales del área púnica centromediterránea. Sin embargo la conquista romana alteró profundamente estas relaciones, en beneficio de las importaciones itálicas.

A la hora de reflexionar sobre el modelo de poblamiento con el territorio que le circunda, no se insiste en las relaciones hombre/medio, pero se teoriza con agudeza en las relaciones entre los diversos asentamientos. La superficie de Alorda Park permite calcular unas 30 construcciones, que aplicando un prudente coeficiente de 6, resulta un cálculo de 250 personas para unas 1900 ha de entorno, cifra parecida a los censos de Calafell en la Baja Edad Media y principios de la Edad Moderna. Cabe suponer que el elevado número de pequeños asentamientos ibéricos en las inmediaciones, con una proximidad de 500 a 1000 metros, corresponde a un patrón de hábitat disperso en una economía campesina, fuertemente autóctona, pero con un cierto nivel de excedente, que precisamente jerarquiza el territorio y genera poblados mayores, tipo aldea, donde los excedentes son cambiados por manufacturas importadas como se propone para Alorda Park, dependiente a su vez de grandes poblados, como sería el caso de Darró (Vilanova i la Geltrú).

La conquista romana afectaría notablemente a Alorda, con la reducción de uno de sus sectores, tal vez de resultas de la campaña de Catón, ya que el registro arqueológico apunta claramente a inicios del siglo II a.C, pero es un hecho relevante que parte del

lugar pervivió hasta el tercer cuarto de esa centuria. Los pequeños yacimientos rurales parecen alcanzar fechas todavía más tardías —el mejor conocido, el mencionado de La Argilera, hasta los primeros años del siglo I a.C— Se observa como el conjunto de pequeños lugares ibéricos en el área de Calafell serán sustituidos por sólo una *villa* romana (Mas Vilarenc), mal conocida pero con indicios de actividad desde la primera mitad del siglo I a.C. Atractiva es la idea de la coexistencia de unos y otros, hasta que, desarrollada en profundidad una agricultura de plantación en el nuevo sistema, provocase la crisis de la agricultura campesina anterior. Es una propuesta sugestiva, que debe tenerse en cuenta, aunque se fundamenta en posibles comportamientos de mercado, reflejo de las preocupaciones competitivas actuales, cuando carecemos de información sobre otros aspectos de presión social.

Tres apéndices completan la obra. El primero corresponde a un avance de la campaña de 1989, donde se destaca la importancia del hallazgo de diversas estancias y en especial de una torre rectangular subdividida en dos recintos, con paralelos más próximos en Ullastret y El Brull, en una tradición mediterránea de largas raíces, que además viene a datarse en el período menos conocido del yacimiento: fines del siglo VI y primera mitad del V a.C. Unas obras importantes para tan pequeño poblado, que sugiere momentos de inestabilidad política en la formación de la cultura ibérica, también conjeturables por las armas de la no muy lejana necrópolis de Can Canarys. El segundo apéndice, un estudio preliminar de los restos faunísticos, es obra de Silvia Albizuri y Jordi Nadal. Se repasan los mamíferos, la avifauna (delegada en Francisco Hernández), la ictiofauna y los restos malacológicos hallados, así como los sacrificios de fundación, con los distintos conjuntos de ovicápridos, gallináceos y cánidos. Es de lamentar que el análisis no revierta en las conclusiones y se constituya en un estudio desconectado. Cierra el conjunto de apéndices el análisis de un resto paleoantropológico a cargo de Oriol Mercadal, correspondiente a un fémur humano de un individuo no perinatal, puesto que alcanzó algunas semanas de desarrollo.

Ignasi Garcés i Estallo.

DE NICOLÁS MASCARÓ, JOAN & CONDE I BERDÓS, MARIA JOSÉ: *La ceràmica ibèrica pintada a les illes Balears i Pitiüses.* Maó, Institut Menorquí d'Estudis (amb la col·laboració del CSIC i l'IdEB), 1993. Col·lecció Recerca, núm. 3. 146 pàg., 31,5 x 22 cms.

L'arxipèlag pitiüso-balear, per la seva situació geogràfica i per la presència colonial semítica a Eivissa, ocupa un lloc de primer ordre en els